

TOMAS SEGOVIA EL POETA TRANSPARENTE

PILAR JIMÉNEZ TREJO

En 1954 se hablaba de Tomás Segovia (Valencia, 1927) como "otro de los valiosos poetas jóvenes que, nacido en España, ha dado sus primeros frutos literarios en México". Pero se advertía: "No forma parte de grupo alguno; es él, poeta solo, aparte". Referencia de Julio C. Treviño en su Antología Mascarones. Poetas de la Facultad de Filosofía y Letras. Entonces Segovia ya había publicado su primer libro: La luz provisional (Publicaciones de la revista Hoja, México, 1950) y desde ahí había demostrado que era, y sería, un poeta transparente, que mira con formas clásicas, con sonetos de pendientes insólitas.

Poeta natural que cuenta historias y en el suceder revela su ser. En sus poemas está el "yo" de un escritor que conversa para el lector, a veces de manera desgarrada y otras con una mesura contemplativa. Narrativo o de síntesis, el poema es un espejo en donde se contempla el oyente, por eso "Segovia recurre al monólogo exterior", ha dicho José María Espinosa.

Autor natural de sonetos votidos fundidos con la poesía erótica, imagen de movimiento cuya intensidad radica en la capacidad de nombrar, de usar, y en ello transparentar el peso de las palabras. Palabras para sonetos que no sólo son nombres sino ritmo, rima, imagen, color, sonido; atrevida descripción de palabras sueltas, inocentes y procaces. Culto, celebración de un ritual, desnudez del pensamiento, ofrecimiento y seducción para despojarse, pero reza para pedir.

La obra poética de Tomás Segovia de 1943 a 1976 está reunida en un volumen que editó el Fondo de Cultura Económica, posteriormente ha publicado Bisutería, Partición, Cantata a solas, Lapsos y Noticia natural. Como los grandes poetas, Segovia también ha demostrado ser un buen ensayista. A finales de la década de los cincuenta y durante los sesenta, ejerció una labor crítica, sagaz y penetrante, desde entonces fue considerado uno de los mejores ejecutantes de este género literario. Actualmente, en su natal España, hace la recopilación de los apuntes, pensamientos y escritos que desde los 16 años ha reunido en libretas y que por su extensión espera publicar en seis tomos. La serie se llama El tiempo en los brazos y es editada y "regalada" por él mismo; luego, dice, piensa hacer lo mismo con su obra poética.

La fragilidad de la transparencia

P.J.T. ¿Por qué Segovia ha manifestado una actitud de disidencia?

T.S. Creo que por muchos motivos psicológicos, históricos, de todo. Creo en algo así como el destino y que en eso hay una coherencia. La vida va tomando sentido, ahora pienso que mi destino es bastante claro: he sido marginal desde siempre. Nací en una ciudad de donde

no eran ni mi padre ni mi madre, ellos pertenecían a diferentes regiones de España. Vivieron dos años en Valencia y ahí nació. Una vez, estando en París en una especie de exilio voluntario, Alberto Gironella me preguntó porque estaba ahí. Le dije: "Porque quería meditar en el desierto y París es el desierto. Tengo una crisis sobre mí mismo, sobre mi vida y quiero centrarme y ver qué es. Es así de complicado: mi patria no es mi patria, mi padre no es mi padre, mi madre no es mi madre, mi mujer no es mi mujer, estaba divorciándome. Lo único que afirmo es que mis hijos son mis hijos porque eso en un hombre es una pura decisión mental." Y eso ha sido así desde el principio. Nací en una ciudad que evidentemente no es mi patria, me crié en una familia que no era la mía porque quedé huérfano de padre a los dos años y más tarde perdí a mi madre. Fui a vivir con un hermano de mi padre y tuve por hermanos a sus hijos. Tenía ocho años cuando comenzó la guerra civil y viví en una guardería en Francia, luego en Casablanca, siempre he estado fuera de la casilla, todo es un poco desplazarme. Eso va formando sentido y llega un momento en que entiendes que es una especie de llamada, que hay que ser fiel a las cosas que la vida te ha ido dando. No sé de cuántos grupos me he salido pero no duro mucho en ellos a menos que se trate de uno puramente afectivo. Pero así me gusta, así soy, tiene un precio y no me parece demasiado alto.

P.J.T. ¿De qué nacionalidad se siente Tomás Segovia?

T.S. Precisamente acabo de terminar un artículo donde hablo de La Verdad, y una de las frases que digo es que La Verdad tiene su casa en el lenguaje, es una viajera que nunca vuelve a su casa, es viajera porque su casa está lejos, pero está. Ando de un sitio para otro. He vivido en Francia, España, México, Uruguay y no considero que haya hecho mi residencia en ningún sitio. Me gusta no tener residencia fija.

P.J.T. ¿Cómo un nómada?

T.S. Sí, ese es uno de mis mitos. La primera vez que volví a España, luego de más de 40 años de haber salido, fue un choque muy fuerte y escribí una serie de poemas a los que llamé Cuaderno del nómada. Inventé un personaje, que no era yo, que hablaba como un nómada. Después reflexionando sobre eso me di cuenta de que el nómada real no es un vagabundo, no era gente que andaba errante sino que se desplazaba entre varios centros, pero regresaba. El nómada no es el que se va, es el que regresa. Me siento de todas mis casas como de todas mis mujeres: "Nunca aprendí a dictar pena de muerte contra un amor caído". Hubo un amor y ese amor es para siempre aunque se haya acabado. La persona no ha sido sustituida, no se ha transformado en odiada o incluso indiferente. Es la persona amada aunque ahora no tengamos amor.

P.J.T. En un ensayo que llamó "El silencio y el resto", en donde reflexiona sobre la transparencia de las personas en el amor señala que "El que ante otro se hace totalmente transparente corre el riesgo de encontrarse totalmente indefenso si es asaltado; pero puede también `obligar' al Otro a hacerse a su vez totalmente transparente. De otro modo no corre ese riesgo mortal —pero no puede lograr esa mutua plenitud". ¿Los ensayos de Tomás Segovia no son para grandes lectores debido precisamente a su transparencia?

T.S. No todos, pero la transparencia es una cualidad de ciertos ensayos. Eso de lo que hablas está también en el ensayo "La luz y el día", enfocado desde otro punto de vista, porque es una metáfora sobre la luz en el sentido físico de la palabra y el otro es interpretar esa metáfora: la transparencia ya como metáfora de la expresión abierta, o sea, que sale sola. Cuando alguien es abierto y no oculta cosas, la metáfora que ocurre es transparencia, que es una metáfora de la luz. Efectivamente esos dos ensayos, en mi experiencia, están relacionados con el amor. Digamos que no son ensayos sino páginas de mis cuadernos, notas que escribí hace muchos años cuando vivía en Montevideo. Notas de una época donde mi principal tema de reflexión era el amor.

P.J.T. ¿Qué pensaba en particular sobre el amor al escribir esos ensayos?

T.S. En que en él hay un aspecto como de lucha, de conquista. Pensaba que como en todas las demás luchas, conquistas y episodios de la vida hay unos que entran desarmados, que no saben hacer trucos, defenderse, aprovechar las ventajas y sobre todo que no practican bien el chantaje. Luego entré a hablar del chantaje en el amor y eso a su vez se relacionaba con el lenguaje que es también expresión y puede ser lucha, conquista, influencia, dominio de uno sobre otro. Pensaba, lo he pensado siempre porque soy romántico, que el que va desarmado y no se oculta y no maneja los trucos, corre grandes peligros, pero es el único que puede en cambio ganar la verdadera victoria que es no el dominio sino la entrega. Eso a su vez es una metáfora de la poesía.

P.J.T. ¿Cómo explicaría eso?

T.S. Pienso que si escojo la poesía es porque a mí me parece que es así, es decir, es el lenguaje que no tiene ninguna utilidad, influencia, preponderancia sobre otros, incluso en rigor ni siquiera prestigio, pero es el lenguaje donde uno se propone ante el "Otro" no convencerlo, desarmarlo, vencer en la confrontación, sino seducir. Creo que la condena moral y el rechazo de la seducción no es más que mala conciencia. Generalmente el hombre, porque tiene un tinte machista, es quien hace esa condena, no quiere que exista la seducción porque le da miedo. En la seducción hay que ir desarmado. La seducción es presentarse diciendo: "Amame porque soy seductor, porque soy maravilloso pero sin ningún argumento." Es todo lo contrario de decir: "Amame porque soy muy rico o muy fuerte o muy bueno o incluso muy guapo." La imagen viva de la seducción es el niño que dice: "Amenme porque sí." El no tiene poder, dinero, fuerza, no tiene más que encanto, pero con eso gana a todos sin luchar.

P.J.T. ¿Y la seducción en la mujer?

T.S. En casi todas las sociedades la mujer representa a la seducción. Por eso en las sociedades machistas la mujer está infantilizada, se le compara con el niño. La mujer está destinada a ganar no luchando, sino seduciendo. El poder es macho y el pueblo femenino. Lo que hay que decir es que la seducción, el encanto y todas estas cosas valen más que la fuerza.

Puritano, disidente y erótico

P.J.T. ¿El tema del amor ha sido una obsesión en la literatura de Tomás Segovia?

T.S. Una obsesión no creo, ha sido un placer. Tardé mucho en tratar el tema del amor. Cuando empecé a escribir poesía estaba en preparatoria y ahí corrían rápidamente los chismes, me preguntaban si hacía verso, y al confesar que sí me preguntaban si tenía versos de amor, entonces me ponía furioso y decía que no escribía versos de amor y que nunca lo iba a hacer. Esa idea que circula por ahí de que la poesía son versos de amor me indignaba porque me parecía que era no entender la seriedad de la literatura y por eso me negaba a escribir versos con ese tema. Tardé en entrar al tema y tardé incluso en darme cuenta en la vida real de lo importante que era para mí. Mi educación fue bastante puritana y sentía que no estaba muy dotado, muy destinado al amor, al sexo y todo eso. Me sentía un modesto chavito que no era un amante nato.

P.J.T. ¿Qué temas fueron los primeros?

T.S. El tiempo, el mundo exterior, el dolor, la alegría. Era una visión un poco dramática, pero ya desde entonces luminosa, aunque ingenua.

P.J.T. ¿Quiénes fueron los primeros poetas que leyó?

T.S. Llegué a México en 1940 y vivía en un medio muy español porque la gente del exilio creía que esto no iba a durar y se sentían de paso, así que hicieron una especie de ghetto, de comunidad muy cohesiva, muy solidaria. Entonces los niños, adolescentes, que estábamos ahí vivíamos en un medio enteramente español. Nuestros maestros, escuelas, amiguitos y barrios eran españoles. Los primeros poetas que conocí eran españoles. Uno fundamental fue Emilio Prados, siempre estaba rodeado de jóvenes, le gustaba guiarlos, tenía un aire así como de gurú. Toda la gente de mi generación lo conocía, pero yo fui su predilecto. A través de él conocí a Manuel Altolaguirre, y más tarde a Luis Cernuda. Por él leí a la generación del 27 y también algo de poesía romántica alemana. Por otra parte, como yo hablaba francés trabajé en la librería francesa, a los dieciocho años empecé a dar clases de francés y leía mucha literatura francesa. Más tarde, también por Emilio Prados, comencé a leer literatura latinoamericana.

P.J.T. ¿Qué latinoamericanos?

T.S. Creo que los primeros fueron Los Contemporáneos. Los que más leí fueron Villaurrutia, Owen, Cuesta. En cuanto descubrí a López Velarde fui muy apasionado de él. Hubo una época en que leí mucho modernismo latinoamericano en general. Más tarde comencé a leer novela.

P. J.T. ¿Y Neruda, Vallejo?

T.S. Vallejo sí. Pero yo nunca fui nerudiano, a mí Neruda nunca acabó de convencerme. Creo que no fui nerudiano porque tengo la manía de desconfiar de las modas, los éxitos, las adoraciones y cuando era muy joven todo mundo adoraba a Neruda. Me ha pasado muchas veces que grandes autores los he leído muy tarde porque he esperado a que ya no estuvieran

de moda. Luego el personaje mismo de Neruda no me gustaba nada, ese estalinismo inquisitorial no era mi onda. Siempre me gustó ser disidente.

P.J.T. ¿Por qué antes de estudiar letras en Mascarones prefirió ingresar a filosofía?

T.S. Mi puritanismo me hacía pensar: "Cómo estudiar poesía si yo soy poeta, no tengo que estudiar eso; mejor estudio filosofía porque lo que me interesa es la verdad." Me metí a filosofía y también me desilusioné no de la materia sino de los estudios. Por esas vicisitudes del destino nunca me tocó tener un curso completo con José Gaos, que fue el gran maestro de esa época. La mayoría de los maestros eran nefastos, así que decidí que la verdad la iba a buscar yo solo, entonces me pasé a letras.

P.J.T. ¿Quiénes eran sus amigos en entonces?

T.S. Había un grupo de españoles que hicimos una revista, Presencia, ahí estaban Manuel Durán, Ramón Xirau, José María García-Ascot, pero como yo era disidente me aparté de ese grupo. De mis compañeros mexicanos, con el que me llevaba bastante era con Ricardo Guerra y la que era entonces su novia, Rosario Castellanos.

P.J.T. ¿Cómo es que siendo tan puritano se convirtió en un poeta que habla mucho del erotismo?

T.S. Aunque de jovencito había pensado en el amor y escrito algunos poemas, probablemente tenía represiones por ser tan puritano, casi puedo decir que me casé virgen. Digo casi porque una vez a los catorce años unos cuates fuimos a un lugar rarísimo con una señora. Supongo que lo que pasaba es que nos estaban utilizando para hacer fotografías pornográficas porque es incomprensible que la señora no cobrara y nos recibiera a cuatro uno tras otro. Fue una experiencia tan deprimente y sucia que casi me quedé inmóvil; durante años estuve como asqueado del sexo. Mi primera novia, que luego fue mi esposa, era muy ingenua, yo tenía 18 años y ella 16 y empezamos a hacer el amor medio involuntariamente. El resultado es que los dos éramos demasiado niños y no muy sensuales. Estaba como desilusionado de lo que me habían dicho que era el sexo. Incluso me torturé pensando que tal vez era homosexual. Pero a los pocos días de que me separé tuve una fortuna: me acosté con una chica veracruzana, muy sensual, y cuando vi aquello, y un orgasmo con toda clase de gritos y de baba y sudor, fue un respiro de satisfacción. Estaba asombrado y comencé a descubrir que tenía tendencias y facultades. Entonces comencé a escribir los primeros poemas sensuales.

P.J.T. ¿Sensuales y eróticos?

T.S. Quería expresar ese amor carnal y erótico a través de poemas. Primero fue como un juego, luego ya aparecieron los sonetos eróticos que tienen su lugar importante en mi obra. Comencé a hacer sonetos francamente eróticos que en esa época eran impublicables. Los hacía para leerse los a mis amigos sabiendo que no podía publicarlos. Desde que hice el primero me gustaron varias cosas. Primero tratar un tema tan escabroso en una forma clásica impecable, un soneto con todas las reglas; y luego usar un lenguaje muy directo y muy crudo, pero no pornográfico sino amoroso. Eran un poco paralelos a mis largas

reflexiones sobre el amor en el sentido de que el sexo no es una cosa fisiológica aparte, sino que es la encarnación significativa del amor mismo. Son poemas que hago de vez en cuando, por ejemplo, el año pasado nada más hice un soneto votivo. Llegó un momento en que me clasificaban como poeta erótico y eso comenzó a inquietarme porque soy poeta con más temas que ése, aunque no me parecía mal porque a veces estoy contento de ser considerado poeta erótico. Además esos poemas me han dado satisfacciones, muchos chavos y chavas me abordan para decirme que han conquistado con ellos. En ese sentido es importante que la poesía sirva.

P.J.T. ¿Cómo llegan los poemas a Tomás Segovia?

T.S. Desnudos diría Becquer. Para mí es como la actitud de alguien que está queriendo recordar algo y está pensando cómo se llama. Hay como una especie de búsqueda del nombre de algo que comienza a tomar forma. Hacer un poema es contestar: se llama así. La poesía es para comunicar, no es un objeto perfecto, no es algo abstracto que está como en las nubes. La poesía siempre es extremadamente realista. No puedo hacer un poema sobre el verano en invierno, ni sobre una mujer cuando estoy con otra. El poema es claridad pura, es ver una parte del mundo, de la experiencia que de pronto se ilumina.

P.J.T. ¿En esa luz la poesía es una "alegría"?

T.S. Alegría es una palabra que yo he utilizado mucho, sobre todo cuando era más joven. No es lo mismo que felicidad. La resonancia que tiene la palabra alegría es de expansión y vitalidad, en cambio felicidad es más hacia el ego. Alegría sí porque hay una sensación de generosidad en el sentido etimológico que es generar: crear abundancia, fecundidad, a través de mí entra el mundo. No tiene tanto que ver con felicidad y con satisfacción o placer. En la creación de un poema probablemente hay más dolor que placer. Es una iluminación del mundo, una revelación y por lo tanto una alegría, pero hay que decirlo y eso es difícil, angustioso.

Un poeta de versos clásicos

P.J.T. ¿Qué escritores han sido importantes para usted?

T.S. Una cosa es dar importancia a un escritor y otra ser afín o cercana. Hubo escritores que me interesaron en mi juventud como T.S. Eliot y Paul Valéry. A Eliot no me siento muy cercano; de Valéry un poco más pero no del todo. Y eso es otro de los rasgos de mi carácter que tiene que ver con mis disidencias y marginalidades. Me interesan muchas cosas que no amo, pero que trato de entender. Por ejemplo el respeto al enemigo, cuando creo que lo merece trato de no perderselo. Eliminar al enemigo me parece no generoso, mezquino, no creador, estéril, impotente. Con Eliot me pasa eso, no estoy nada cerca de él, su postura no es la mía, pero me parece que es en serio. Mi idea de Valéry es un poco más complicada. Creo que él se hace violencia a sí mismo, tiene una voz de poeta natural y espontánea, y a veces se pone estricto y se vigila. Su pensamiento me parece una de las mentes más lúcidas que ha habido, pero mi postura no es esa. Yo soy romántico y Valéry no.

P.J.T. ¿Entonces cuáles son los poetas cercanos a Tomás Segovia?

T.S. También la cercanía es compleja y está llena de peleas como las relaciones amorosas. Poetas a los que vuelvo constantemente son, de lengua española: Ramón López Velarde, Juan Ramón Jiménez, Gilberto Owen, Rubén Darío y algunos modernistas latinoamericanos. En otras lenguas Rimbaud. Otro al que vuelvo no con cercanía sino con una pelea cuerpo a cuerpo es Mallarmé.

P.J.T. Usted es un poeta romántico que escribe en versos clásicos, en sonetos, alejandrinos, cuando la mayoría de los escritores ahora utilizan el llamado verso libre.

T. S. Una de mis manías para la reflexión es el infantilismo de la modernidad. Esa tendencia que tenemos todos a pensar que ahora sí somos muy inteligentes y que en el pasado eran muy brutos y creo que es por el contrario. La modernidad es terriblemente infantil, ingenua e ignorante. Me parece que los mismos, los manifiestos, las escuelas son una cosa de adolescentes. Antes de decir que el verso es ridículo hay que conocer cómo se hace, en qué consiste. A mí eso me sucedió hacia los veintitantos años, había comenzado a escribir como se utilizaba en mi tiempo: a como salga o en verso libre. Note que sin querer me salían versos, octosílabos y pensé que eso no era tan absurdo. Comencé a leer a los clásicos y a sentirme avergonzado de haber pensado que nosotros éramos más listos que ellos. Me di cuenta del dominio y manejo que ellos tenían de la lengua y por eso me puse a aprender a hacer versos clásicos. Pero no todas las veces un poema puede salir en verso, así que lo escribo según el propio poema me lo exige.

P.J.T. ¿En qué momento aparece el ensayista?

T.S. Creo que siempre he reflexionado porque me parecía que hacer eso era lo mismo que hacer poesía. Nunca he visto muy nítida la frontera entre reflexionar y hacer poesía. Cuando era muy joven mis reflexiones eran completamente en el aire, eso fue lo que me llevó a pensar que debía estudiar filosofía. Siempre había escrito cosas principalmente sobre la poesía, pero no porque creyera que era un ensayista sino porque para mí hacer algo y no reflexionar sobre ello hace que no lo entienda. Desde que hacía versos reflexionaba sobre ellos y apuntaba cosas y me preocupaba por el lenguaje. Como soy muy autodidacta y he aprendido desordenadamente muchas veces me ha pasado que creo que estoy descubriendo mediterráneos y luego me doy cuenta que forman parte de tal o cual corriente, teoría, que anda por ahí y que yo creía haber descubierto. Eso me parece que tiene sus ventajas: no es lo mismo una práctica que uno ha adquirido por lecturas o lecciones que una que se piensa se ha inventado, eso se vuelve mucho más lleno de sentido. Nunca tomé clases de pintura, ni de música, hay muchas cosas que me las brinqué por andar cambiando de países y sin embargo pinto y toco la flauta dulce. Haber inventando una teoría por ti mismo hace que las cosas estén mucho más metidas en tu carne. Eso me pasó con las computadoras, cuando compré la primera en Estados Unidos, hace muchos años, no sabía que debían tener un procesador de palabras y cuando el vendedor me dijo que sólo los tenían en inglés porque aún no habían en español, me fui con mi computadora a un pueblito y solito inventé un procesador con el cual he traducido cientos de libros. Me tarde muchísimo, pero lo tenía que inventar porque yo vivo de la traducción y la computadora tenía que servirme para ese oficio.

P.I.T. ¿Ha vendido alguna de sus pinturas?

T.S. Una vez vendí una en un peso. Le quise regalar un cuadro a un amiga pintora y me dijo que traía mala suerte, así que le pedí un peso por 61. Bueno pero tampoco la poesía la he vendido nunca, lo que pasa es que teóricamente te dan regalías pero es una miseria. Sin embargo me parece bien. Creo que la creación se paga carísima, pero en amor no, en dinero. Aunque muchos de mis colegas se enojan cuando digo esto, creo que es un disparate que se venda y se compre el arte, que tengamos becas y ayudas y premios y nombramientos de eméritos, todo eso me parece pura manipulación del poder. Tengo varios ensayos sobre eso, uno se llama "Resistencia a los estimulantes" y lo escribí cuando recibí una beca del Conaculta. No hay más estímulo a la creación literaria que la lectura, el lector. Pero que le den a uno un cheque y lo consideren estímulo, por Dios, ni las putas. Si yo pedí la beca de "Estímulo a la creación", fue porque me habían dicho que me iban a dar la de emérito y dije que no quería una beca vitalicia. Una de las maneras de que no me dieran la de emérito era pedir la otra. Si soy emérito cómo me va a nombrar emérito el gobierno. Uno de mis dogmas es no ser dogmático y uno de los ejemplos que pongo es decir: creo que no hay que fumar y sin embargo fumo. Eso se entiende, pero lo que no se comprende es que crea que no hay que tener becas y tenga una. La tengo, ni modo, soy pecador y por varios motivos.

P.J.T. ¿Para qué proyecto pidió la beca?

T.S. Había empezado una novela y no lograba avanzar por falta de tiempo. Yo vivo muy escuetamente porque no tengo ningún puesto, vivo de la traducción que es un oficio mal pagado y trabajoso. Me dieron la beca, pero resulta que no me ha servido de mucho porque no contaba con estos años tan terribles de la crisis que se agudizo, luego tuve una operación.

P.J.T. ¿Se puede saber de qué trata?

T.S. No es que lo oculte pero es que no se puede. No puedo hacer un plan de una novela, lo que me interesa cuando escribo es ver por dónde va la historia, qué se puede sacar de ahí y a dónde me conduce el relato. Me interesa un tipo de relación, un ambiente, el descubrimiento de los personajes por sus relaciones y a partir de ahí voy inventando. Me preocupa dónde situar una novela, qué tipo de lenguaje usar por-que soy un híbrido, mi lenguaje es medio mexicano y medio español. Si tengo que inventarme un lenguaje me siento falso porque evidentemente soy romántico. Por eso decidí que la novela sucede entre escritores del exilio español, pero no se trata de eso. La novela, por ahora, se llama Los oídos del ángel, y de una manera poética, metafórica será la mirada de una mujer. La narradora es una joven mexicana hija de padres españoles, es un personaje al que me permito hacer muy inteligentísimo y muy intelectual. Es una muchacha que ha estudiado letras y que quiere hacer periodismo cultural, un reportaje sobre la generación de escritores y va a entrevistar a un librero que anduvo en el medio literario y fue medio escritor. Uno de los temas de la novela es precisamente la duda entre ser o no escritor. La joven lo va a entrevistar y le habla de una mujer de aquella generación que ha muerto y resulta que él no lo sabía y eso desencadena un paseo por su pasado, porque esa mujer fue el gran amor de su juventud. El librero comienza a contarle su pasado y ella lo escucha como un ser puramente receptivo, virginal, por eso la novela se llama así

Periodista, colaboradora de La Jornada Semanal, Reforma y Universal.